

JAIME VALDIVIESO

## RICARDO LATCHAM: IMAGEN DE UNA REBELDIA

---

DENTRO de un concepto pagano, renacentista o, mejor, simplemente actual, moderno, por no encontrar otra palabra más adecuada, quizás el que mejor cumpla con la vida, sea aquél que mejor la gaste, quien mejor la sostenga en el más alto fuego de la sangre y del espíritu, imponiéndola, a la vez, con la misma fuerza del incendio o del relámpago sobre todas las acciones que configuren o rodeen la existencia. Una vida así, por supuesto, no termina nunca con la desaparición física. Por un tiempo, que seremos discretos en llamar indefinido, quedan aún en movimiento, vibrantes, las circunstancias, las cosas, los recuerdos, las vidas, el ámbito entero por donde discurrió un ser de tal calidad. Además, una vida así es por esencia rebelde, es un reto permanente y audaz contra cualquier mutilación, y, sobre todo, contra el miedo y la tristeza.

Sin duda, es inapreciable el valor de esos seres que hacen de la vida un constante desafío, que andan por el mundo quebrando vidrios, pisando fuerte en las academias, derribando sombreros y anteojos, estremeciendo el aire de las bibliotecas, salas de clases, hemiciclos parlamentarios, círculos de la vieja tradición familiar, reuniones de estáticos y precavidos diplomáticos. Uno de esos magníficos ciclones, omnipresentes y ubicuos, que aún aquí, entre nosotros, proclama la risa y la sana rebeldía, es nuestro querido Ricardo Latcham, que no queremos que de ninguna manera descansa en paz, sino que su aire regocijante y fáustico, siga estremeciendo nuestro país, nuestras instituciones, el espíritu de nuestras letras y de nuestros escritores; esto es necesario para sentirnos vivos, y para que en esta labor relevemos, un poco cada uno, su estupenda tarea de asesino de la muerte, la circunspección, el compromiso.

No queremos con esta semblanza herir susceptibilidades. Pero no

importa; en el fondo tendríamos que herir un poco a todo Chile, pues este rebelde, este tábano como diría Gabriela Mistral, fue de las pocas semillas que en nuestro país se impuso con la terquedad del cardo sobre nuestro paisaje demasiado pastoril, demasiado asordinado, cubierto aún por las nubes de los dulces mitos de la "conciencia cívica" y la "tradición democrática".

Recuerdo que cuando ingresamos al Pedagógico de la Universidad de Chile, durante los primeros meses, o tal vez un año, no nos sucedió nada extraordinario, salvo el encuentro con la gramática y la lingüística, las que logramos entender y hasta amar maridándolas con abundantes dosis de áspero tinto y agresivo aguardiente, que bebíamos en círculo de amigos mientras preparábamos las interrogaciones. Salvo dos o tres borracheras, y unos cuantos cambios de golpes en los bares de la Estación Central en defensa de la dignidad de la poesía y de algunos poetas, nada insólito nos ocurrió.

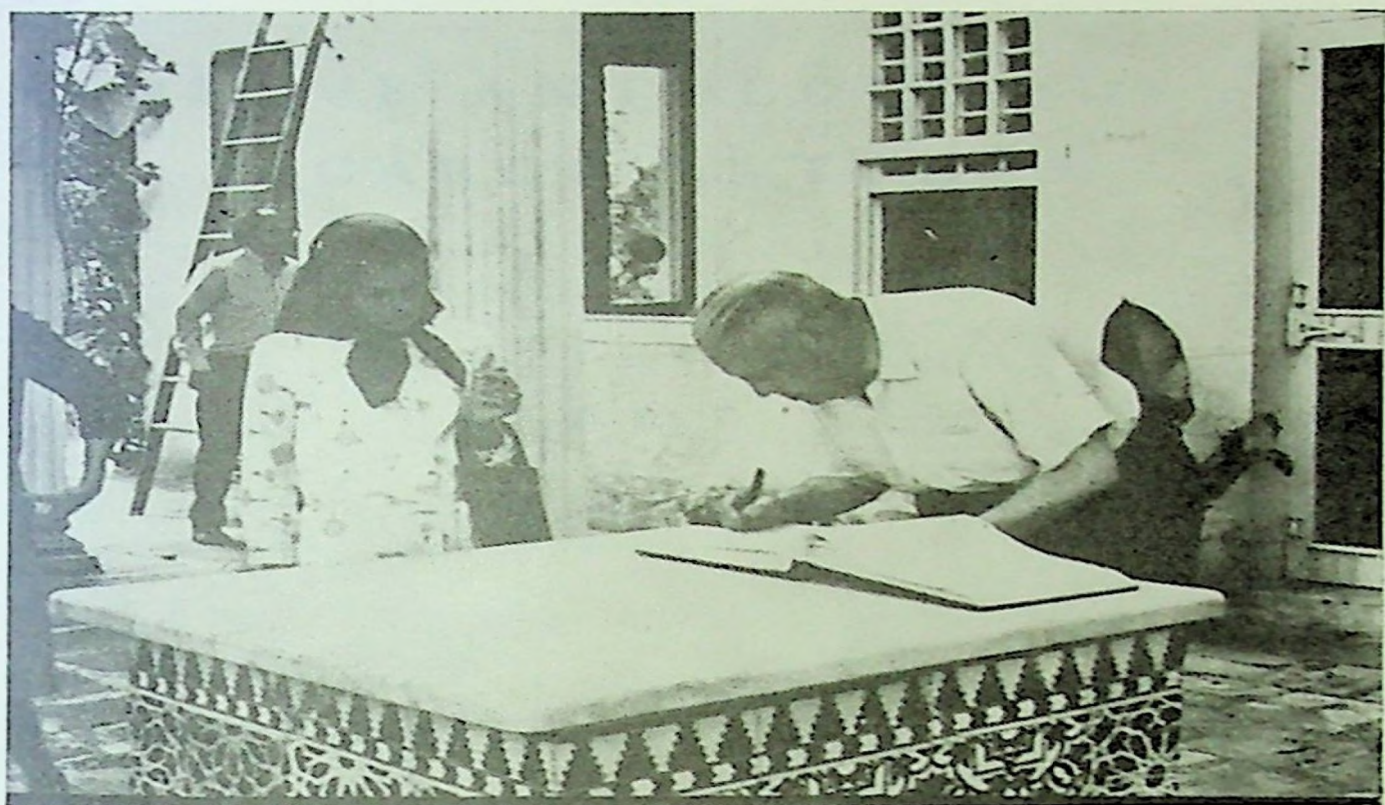
Pero no fue así al año siguiente. En cierto mes de mayo, apareció un señor recién llegado de España, alto, de contextura recia, vestido con extraordinario buen gusto, que movía una cabeza cana y distinguida, en tanto desplazaba sus brazos de un lado a otro, en trazos cortos y enérgicos y como fulminando algo o a alguien que, de haber alcanzado, sus manos habrían calcinado de inmediato. De su boca salían maravillosas anécdotas, giros y retratos de un humor inigualable, chistes que ruborizaban a las damas, nombres de escritores de Europa, de Norteamérica; novelistas geniales y dipsómanos, maníacos de cualquier cosa, misóginos y casados con siete mujeres, los que desplazaban en gracia y talento, por supuesto, a políticos y consagrados investigadores. Simplemente nos encandiló esta figura que se llamaba don Ricardo Latcham, que llegaba al Pedagógico abriendo las ventanas, descorriendo cortinas, insuflando en la atmósfera una atracción ineludible. Encarnó de inmediato para nosotros la imagen alegre, impulsiva, de prodigiosa capacidad dialéctica que zumbaba como aspiración máxima en nuestro interior, y en la cual queríamos trasegar, cuanto antes, el dulce veneno de la locura, de la inteligencia, de la iconoclastía, elementos que desde entonces lo vimos propagar, ininterrumpidamente, para bien y lección de muchos, y para estupor de otros.

Suelen decir algunos opiómanos de la literatura, iniciados de la estética y las estructuras, de los misterios de la obra de arte en sí, que don Ricardo no era sistemático, que no seguía un orden riguroso en la exposición de sus clases, que saltaba de una materia a otra. Bendecimos a este abalorio de la erudición y del ingenio, poseedor de los mil datos inapreciables, únicos, incitantes que como gran andariego

del mundo había recogido en su propia escudilla por los distintos rincones de esta amplia, tenebrosa, asistemática, mágica, violenta y diabólica América. Sus clases fueron siempre una suerte de delirio al borde del más absoluto misterio, en trance siempre de ver surgir en cualquier momento la cabeza cercenada de un tiranuelo, un abate huyendo a medio vestir de una alcoba, un escritor perseguido por alguna anciana erótica (para escándalo de nuestras compañeras demasiado místicas), una cabeza de serpiente entre los pies de los bailarines de "Macumbas" en Brasil, el grito desamparado, silencioso y solitario de los mil explotados del mar, la cordillera y la selva. ¿Es posible mejor lección, modo más seductor de despertar el amor por las letras, o el fuego de la creación en un joven, pregunto yo?...

Hay tiempo siempre, hay años y lugares de silencio para rezarle a las divinidades de la metafísica, de la abstracción y la sabiduría científicas. Reconocemos la necesidad, la indispensable necesidad de estas liturgias y estas prácticas, si no queremos seguir siendo un escritor-zuelo más, si no queremos permanecer para siempre en la siesta criolla. Y la lección anterior también la daba don Ricardo. Unía a su pasión de buscador de las mejores raíces de nuestro pasado, el conocimiento de los mejores humanistas, de los sabios doctores, imprescindibles, de la vieja Europa, de los mejores juglares de la forma y de la técnica, a los que daba a conocer con el mismo fervor que a nuestros dioses americanos.

Desearía terminar este homenaje diciendo que no he querido hablar de reminiscencias, de recuerdos o de nostalgias, ni siquiera he querido hablar de un ausente, sino rescatar otro poco de la rebeldía, de la sabiduría, del genial desacato que don Ricardo espolvoreó por este país y por el mundo, y que ojalá siga soplando como un permanente vendaval sobre nuestras cabezas y nuestros corazones.



Ricardo Latcham firma el libro de visitantes del Museo Hemingway, en Cuba (San Francisco de Paula, Finca *Vigía*), el 22 de enero de 1965, tres días antes de su fallecimiento.  
Al fondo se ve al poeta norteamericano Allen Ginsberg